

tros, donde se ridiculizan la eternidad de penas, la existencia del Paraíso, la autoridad de la Iglesia, ó asistís sin escrúpulo á tales lugares para conocer mejor el mundo, como se dice vulgarmente? No creais que solo merezcan el nombre de incrédulos los desventurados que hacen pública gala de su irreligion; tambien lo son los que permanecen neutrales respecto de las verdades de la fé, es decir, que ni creen ni niegan, y entregados por completo á los intereses materiales, olvidan completamente los eternos. Por desgracia son muchísimos los que hoy piensan, raciocinan y obran de esta suerte; tanto, que podría asegurarse ser esta la plaga de nuestros días, este el carácter de nuestro siglo, y esta la más funesta consecuencia del triunfo alcanzado por los enemigos de la fé; esto es, el haber convertido á los hombres en indiferentes con respecto á toda materia de religion. ¡Ah, hermanos míos! cuando afirmo, que es escasa la fé en el mundo, quisiera no tener que añadir, que tambien hay poca fé en nuestro corazon; que gloriándonos de ser cristianos, vivimos como si no lo fuéramos; de manera, que puede decirse sin nota de exageracion, que la fé está muerta. ¡Ah! si por desgracia hubiéremos renegado de las consoladoras creencias religiosas, volvamos á las filas, de las cuales hemos ignominiosamente desertado, procurando con diligente solicitud recobrar el tiempo perdido en pós de las vanidades del mundo y de la incredulidad, y procurando con vivo celo y ardiente entusiasmo defender la santa causa de la Religion. Sirvanos de modelo el ejemplo de María. Roguemos á esta santísima Madre, que reanime en nuestros corazones la fé tan combatida en todos sentidos, y que si no está extinguida en nosotros, está á punto de extinguirse. Supliquémosla, que no permita que perdamos este preciosísimo tesoro en los días de nuestra peregrinacion, tesoro incomparable, del cual depende el negocio de nuestra salud espiritual. Invoquemos su misericordia, para que fortalezca nuestra flaqueza, y nos infunda el valor necesario para resistir al torrente invasor de la incredulidad, y tener expedito el camino de la vida y de la herencia celestial, que á todos vosotros deseo.

DISCURSO III.

FÉ UNIDA Á LAS OBRAS.

Fides, si non habeat opera, mortua est in semetipso.

La fé, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma. (JAC. II, 17.)

Anda, dijo un día el Señor á Jeremías, vé á la casa del rey de Judá, y le dirás: Escucha, oh rey de Judá, la palabra del Señor; tú, que te sientas sobre el trono de David... serás estéril en tus cosas; nada te saldrá bien de lo que emprendas durante tu vida; no quedará de tu linaje varon alguno que se siente en el trono (1). El profeta anunció al impío Jeconías el terrible anatema, y por más que este príncipe descendiera de noble estirpe; por más que corriera por sus venas la sangre de David y tuviera ungida la frente con el sagrado crisma; Dios, con irrevocable sentencia, no quiso considerarle digno de las divinas misericordias. Y esto, no porque hubiese levantado orgulloso la frente contra al Cielo, ni se hubiese manchado con graves culpas é iniquidades enormes, sinó porque habiéndole Dios ofrecido medios para hacer acciones dignas de su rango y de su alcurnia, pasaba la vida en la ociosidad y en la inercia. La misma amenaza debiera infundir saludable temor en el ánimo de muchísimos cristianos. Injertados, por adopcion divina, en el árbol genealógico de la tribu sagrada, destinados á reinar con Jesucristo y regados con las perennes aguas de los sacramentos, en vez de producir frutos de buenas obras, como debieran, pasan la vida en una culpable ociosidad. ¡Ay de ellos, si creen que les basta la sola fé para conseguir la gloria eterna! Les es, además, necesaria para llegar á ella una vida santamente empleada, sin cuyo requisito la fé, más bien

(1) JEREM. XXII, 1, 2 y 30.

que una prerogativa que nos asegure la eterna dicha, es un título de condenación que incita contra nosotros la indignación divina.

En oposición á esta fé sin obras, se nos ofrece el ejemplo de María. La Santísima Virgen unió siempre las obras á la fé, de suerte, que no sabemos que admirar más en Ella, si la fé, en cuya virtud fué perfecta, ó la solicitud con la cual se nos manifiesta constantemente su fé, acompañada de obras de piedad. Ahora bien; ya que el cuidado solícito que empleó María para obrar de conformidad con las enseñanzas y las máximas de la fé puede servirnos de lección importante, la fé formará el asunto del presente discurso. Nadie se persuada que pueda yo abarcarlo bajo ningún concepto, puesto que el argumento es superior á la más sublime elocuencia, y cualquiera descripción sería insuficiente para demostrar la excelencia de la constante laboriosidad de la Santísima Virgen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Son indispensables las buenas obras cuando se profesa la fé. Si la fé es como una ciudadela, las buenas obras son como los baluartes que la rodean; y bien así como una vez destruidos los baluartes la ciudadela se halla expuesta á la invasión del enemigo, del propio modo, sin las buenas obras, la fé se halla expuesta á los asaltos del infernal adversario. Si la fé es como una planta que brota del suelo y crece, las buenas obras son como la lluvia celestial y los humores del terreno que la nutren; y del mismo modo que se seca la planta que carece de sus elementos nutritivos, también perece la fé sin el auxilio de las obras buenas. Si la fé es como una lámpara ardiente, las buenas obras son el aceite que la alimenta; y así como se apaga la lámpara sin aceite, también quitadas las obras meritorias, desaparece la fé. Pero más bien que estas imágenes que emplearon los santos Padres para demostrarnos la necesidad de las buenas obras que han de acompañar á la fé, sirva la insigne autoridad del apóstol Santiago, quien asegura terminantemente, que la fé, si no va acompañada de obras, está muerta en sí misma (1). Y en verdad, Dios no nos dió la fé para que fuera un vano ornamento que á nada nos obligase, ó nos obligase simplemente á creer, y asunto concluído; sino que nos la dió para que nos sirviera de principio y de fundamento para la vida cristiana, y tocarse, mediante las obras, á su cumplimiento y perfección. Por eso, siendo la fé la primera piedra fundamental de

(1) JAC. II, 17.

la vida cristiana, sobre esta piedra debemos levantar obras de santidad y de salvación. Por consiguiente, diciéndonos la fé, que Dios es nuestro Criador, nuestro Señor, nuestro Padre, nuestro primer principio y último fin, debemos temerle, venerarle, amarle y cumplir su voluntad; hablándonos la fé de la otra vida, de un Infierno, de un Paraíso, de una eternidad de delicias ó de penas, debemos practicar el bien y huir del mal para vernos libres de los futuros castigos, y alcanzar el galardón que nos espera; enseñándonos la fé los misterios tiernísimos de nuestra redención, debemos unirnos á Jesucristo nuestro Salvador, conformarnos con su voluntad, y sacar el fruto conveniente de tantos dolores como padeció y de tanta sangre como derramó por nuestro amor. En una palabra, la fé no es únicamente una regla de creencia, es, además, una regla de conducta; de suerte, que si la conducta no se ajusta á la creencia ó á la fé, la sola creencia no podrá salvarnos; ántes bien, como dice San Pablo, si se desecha á ésta, se naufraga totalmente en la fé (1). Afirma, pues, con mucha razón San Gregorio, que el verdadero creyente es aquel que obra de conformidad con lo que cree; y San Agustín dice, que el que se gloria de creer, debe demostrar con los hechos la verdad de sus palabras.

¡Oh, qué sublimidad la de los hombres que obran de conformidad con las reglas de la fé! Mantienen en su corazón la pureza á pesar de las asechanzas del mundo y de la carne; consérvanse constantes en frente de todos los asaltos de la violencia y de la seducción, y elevan la propia virtud por encima de todos los esfuerzos y de todos los ardidés de la prudencia humana. Refrenan los apetitos desordenados, moderan el uso legítimo de los placeres, respetan los derechos ajenos, sostienen con igualdad de ánimo la próspera y la adversa fortuna; y se sirven del pasado para gobierno del presente, y se valen del presente como de preparativo para lo venidero. Miran con desprecio las brillantes vanidades del mundo, descansan tranquilos bajo el gobierno de una providencia superior, en los casos dudosos distinguen el bien del mal, y en toda ocasión saben ordenar sus palabras y sus obras. Templados sin ser agrestes, prudentes sin malignidad, esforzados sin ser feroces, justos sin ser crueles, tienen siempre dispuesto el corazón para atender á cuanto se refiere al amor de Dios y del prójimo. Y para admirar esta conducta, ninguna necesidad tenemos de acudir á los Apóstoles, á los Mártires, ó á los Confesores, que nos dejaron pruebas maravillosas sobre toda ponderación de obras uni-

(1) 1.ª TIM. I, 19.

das á la fé. Los anales del Cristianismo nos recuerdan á millares tales héroes, que á la luz del día, ó en sus hogares, manifestaron su fé con las obras; y si en nuestros días parece ser corto el número de estos fieles observantes del Evangelio, no puede negarse que hay algunos, que tal vez no os son desconocidos. Yo quisiera, teniendo á mi lado estos sinceros fieles á la religion católica, verme provocado por la incredulidad á que le diese cuenta de los caracteres de nuestra fé, pues fácil me sería decirla con el Apóstol Santiago: «Muéstrame tu fé sin obras, que yo te mostraré mi fé por las obras (1). Pero, dejando aparte los ejemplos de los Santos, que aunque esplendentes, siempre son relativamente insignificantes, volviendo á mi argumento, me ocuparé de María, que es eminente en la union de la fé y de las obras.

María es santa. Concebida, por singular privilegio, inmune de toda mancha original, la bella inocencia primitiva, que andaba errante por espacio de cuarenta siglos sobre las aguas cenagosas de la inundacion universal, no hallando donde posar su immaculado pié, emprendió el vuelo hacia Ella, y en Ella se reposó. Simbolizada en aquella bendita Arca, única que se salvó del universal diluvio; en aquel vellon de Gedeon, que recogió solo en sí el celestial rocío; en aquella Jerusalén, cuyos fundamentos estaban en los collados eternos, y en aquel Templo augustísimo, donde resplandecía toda la gloria del Señor, fué santa desde el primer instante de su vida. Y esta santidad creció; de la misma manera, dice San Buenaventura (2), que la luz de la aurora, á medida que avanza, despliega mayor claridad. Pues bien; sin la fé, y sin las obras que inspira la fé, Ella no hubiera podido ser santa, ya porque la fé es el principio, el fundamento y la raíz de toda santidad (3), ya tambien porque, segun queda demostrado, sin las obras la fé es muerta.

Pero; ¿qué obras fueron éstas? Examinemos á grandes rasgos su vida, y tendremos que confesar, que fueron luminosísimas. Aunque la humilde oscuridad en que se encerró durante toda su vida, no nos descubra en Ella ciertas acciones ruidosas y singulares, que se granjean los aplausos de los hombres, no podremos ménos de admirarla en el exacto cumplimiento de las propias obligaciones. Y este cumplimiento, que fué maravilloso en la Virgen, está lleno para nosotros de saludables enseñanzas.

(1) JAC. II, 18.

(2) S. BONAV. in Spec.

(3) Conc. Trid. Sess. 6.

Está en el orden de la justicia y de la religion, que cuanto exista de santo se dedique á Dios, puesto que siendo Dios el principio y el fin de la santidad, ésta se dirige hácia su centro cuando se dedica al Señor. María se consagró á Dios en el seno mismo de su madre; renovó este generoso ofrecimiento al abrir los ojos á la luz, y apenas llegada á los tres años, encerrose en la parte más retirada del Santuario. Nada la arredra, nada la detiene: ni su tierna edad, ni la ternura de sus padres, ni los sagrados lazos que va á contraer, ni la vida austera y laboriosa que va á abrazar. Animada de un religioso ardor, el celestial amor de que se halla abrasada le allana todas las dificultades, y la mayor de sus alegrías es morar en el Templo, cumplir con sus deberes y servir á Dios. La fé le dice, que todo nuestro amor lo debemos á Dios; y Ella, con las obras, ofrece al Señor toda su ternura.

Al cabo de once años de haber entrado María en el Templo, donde viviera con tanto consuelo de su corazon, y tanto provecho de su espíritu, esta inocente paloma sale del arca. Queriendo sus deudos darle esposo, no replica, porque las costumbres de los Israelitas no permitian en aquellos tiempos que una doncella permaneciese soltera. Aquella misma voz celestial, que le había dado á conocer cuando acepta le era la virginidad, le dice, que siguiendo la costumbre de la nacion y sometiénose á la voluntad de sus parientes, no sufriria menoscabo en la profesion de permanecer virgen. Por consiguiente, ora, como opinan algunos, estuviese de antemano advertida de una manera sobrenatural de la disposicion del varon con el cual iba á desposarse, ora, segun afirman otros, se sintiese impulsada por inspiracion del Espíritu Santo á abandonarse absolutamente en brazos de la divina Providencia, la cual le conservaría las azucenas immaculadas, se unió con lazo purísimo á José. Su ofrecimiento á Dios es mayor cuando sale, que cuando entra en el Templo; pues, al entrar en él, le ofrece la santidad más sublime; y al salir, le ofrece la porción más escogida de sí misma, ó sea su voluntad, ya que solamente por condescender á la voluntad de Dios acepta por esposo al carpintero de Nazareth.

Empero, ha llegado ya el tiempo, en que debe descender del Cielo sobre los hombres la divina misericordia. El milagro prometido desde el origen del mundo, y confirmado con profecías, con simbolos y figuras, está próximo á verificarse. María, que es la designada para tabernáculo santo, en cuyo interior debe cumplirse la misteriosa union de Dios con el hombre, consiente, pronuncia el *hágase*.

Ahora bien; así como el haber sido escogida entre todas las mujeres por Madre del Verbo, fué el honor más excelso que podía recibir de la divina omnipotencia, así, el haber consentido en esta maternidad, es la prueba más convincente de los magnánimos afectos que anida en su corazón. Está en Ella la prudencia, y quiere asegurarse de su virginal decoro; está la fé, y adora el misterio que le anuncia Gabriel; está la obediencia, y cede pronta y sumisa á la voluntad de Dios; está la humildad, y se declara esclava en el instante mismo en que es aclamada solemnemente Madre del Hombre-Dios; está la caridad, y en el acto de la divina concepcion se abrasa en suaves éxtasis, en arrobamientos y deliquios de ternura. La fé la dice, que se agrada á Dios con la virtud, y por eso Ella aparece rica de un modo singularísimo con la práctica de las más bellas virtudes.

Y ahora, dejandó la enumeracion de otras obras, pregunto: ¿es posible hallar en la vida de María un solo momento, durante el cual no obrase segun las máximas de la fé? Cuando rechazada de todas partes, no le queda otro recurso que refugiarse en la fría cueva de Belén, y allí dar á luz á su Hijo, considerando en aquella extrema pobreza las disposiciones del Cielo, léjos de perder su serenidad, siente tanto mayor gozo, cuanto mayores son las privaciones que debe sufrir de los bienes de la tierra. Cuando Simeon en el Templo hace llegar á sus oídos un terrible vaticinio, sabiendo los motivos especiales por los cuales debe ofrecerse en sacrificio la preciosa vida de su Infantito, dobla la frente con magnánima resignacion á los decretos de la divina justicia. En Egipto, donde se ve precisada á ocultarse, cuando por el bárbaro mandato de Herodes se levanta la cuchilla homicida sobre el cuello de su Niño, persuadida de que el camino de la tribulacion lo es de salud, pasa con ánimo tranquilo el tiempo del destierro. A su vuelta de Egipto á Nazareth, entregada á los trabajos propios de su sexo, sostiene el peso de los quehaceres domésticos; y por más que su vida pareciese despreciable á los ojos del mundo, sin embargo, vive contenta, júzgase feliz; y no hubo nunca alma alguna que estuviese más contenta, más feliz, ni fuese más digna de los homenajes de los hombres y de los ángeles. En el Calvario, cuando el fruto de sus virginales entrañas es despojado de los propios vestidos, atravesado con durísimos clavos, y elevado sobre un infame patíbulo, aunque afligida de un modo tan vivo y penetrante, que no cabe en entendimiento humano comprender su amargura, muestra una paciencia heróica, una sumision perfecta á los decretos del Cielo, y un celo ardentísimo por la salvacion del humano linaje.

Considerando todo cuanto dejo apuntado, ¿quién dudará de que María obró en Belén, en el Templo, en Egipto, en Nazareth y en el Calvario segun las máximas de la fé? Obra de acuerdo con ellas lo mismo cuando se somete á la ley de la purificacion, sin estar obligada á ello, que cuando, no satisfecha de practicar los deberes religiosos en el retiro de su morada, vá al Templo cuantas veces está prescrito. Si somete á Jesús á la circuncision, es para que, como Salvador de los hombres, derrame las primeras gotas de su preciosa sangre; si le pierde en el camino de Jerusalén á Nazareth, sufre más de lo que sufrieron los mártires por la incertidumbre del lugar donde puede hallarse, por la dificultad de buscarle en medio de las tinieblas de noche oscura, y por el ánsia de haberle perdido tal vez por culpa suya; y si en las bodas de Caná de Galilea, advirtiendo la falta de vino, cuando todos los convidados estaban sentados en la mesa, le ruega con ademán suplicante que ponga remedio con un milagro, obra siempre de conformidad con las máximas de la fé.

No emplea esta diligente solicitud solamente cuando se halla al lado del divino Maestro. Jesús resucita: María, á la cual se le aparece el Hijo resucitado ántes que á otra persona alguna, disfruta de un gozo inefable, sin menguar en los deseos de la soledad ni en los sentimientos de la humildad. Sube Jesús á los Cielos, sobre luminosa nube se eleva por los aires, le aclaman alegres los principes de la celestial Jerusalem; y María, con el espíritu sigue al Hijo, apresurando con incesantes suspiros el deseado momento de reunirse eternamente con el sumo Bien. Una vez Jesús en los Cielos, desciende del empiroo el Espíritu Santo á confirmar la fé, á sostener la esperanza, á inflamar la caridad é infundir en los nuevos creyentes los dones de sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, fortaleza, temor y piedad; y María, que se encuentra en el Cenáculo en compañía de los apóstoles, al verificarse el incomparable prodigio, nos enseña, que para alcanzar tales dones debemos prepararnos y disponernos á recibir las gracias que nos concede la misericordia del Señor. Así, pues, ¿no es verdad que María obró siempre segun las máximas de la fé? ¿No es verdad que no puede hallarse en toda su vida un solo instante, en que no haya obrado de conformidad con dichas máximas?

Finalmente, permitidme, hermanos míos, recitar una bellísima página de San Ambrosio. María, dice el Santo, era virgen, no solo de cuerpo, sinó que también de alma. Estaba léjos de toda simulacion ambiciosa que corrompiese la sinceridad de sus purísimos afectos. Era humilde de corazón, grave en el hablar, dotada de rara pruden-

cia, y muy amante de la lectura de los libros sagrados. Se esmeraba, sobre todo, en no colocar su confianza en las riquezas que pueden faltar, sino en las oraciones de los pobres que son de ordinario oídas por Dios. Era muy asidua en el trabajo; y sin hacer caso del falaz juicio de los hombres, tenía siempre en cuenta el recto y justo juicio de Dios, reconociendo solo á Él por juez y árbitro de sus acciones. Era enemiga del fausto, seguía la razon, amaba la virtud. Nada se descubría en Ella de ménos conforme y compuesto, nada de ménos amable en la mirada, nada de ménos púdico en el trato, nada de ménos pudoroso en los actos; no afectaba molicie en su actitud, ni demasiada precipitacion en el andar, ni altanera libertad en la voz. En una palabra: toda la compostura exterior del cuerpo era un indicio cierto de la interior compostura del alma y una idea perfecta de probidad. Así se expresaba San Ambrosio refiriendo la vida de la Santísima Virgen (1); y no tenemos necesidad de nada más para concluir: que una vida semejante es sin duda una vida en todo conforme con las máximas de la fé.

Bien quisiera yo ahora, hablando de nosotros, proseguir por el mismo estilo empleado hasta aquí; pero, ¡cuánta discordancia se nota entre nuestra fé y nuestras obras! La fé aleja el corazón de sus seguidores de los mundanales apetitos, alimentándolo con divinas esperanzas; y nosotros, por el contrario, hacemos poco caso de las esperanzas celestiales, y estamos muy asidos á los apetitos terrenos. La fé defiende á los cristianos con invencible escudo, para que puedan resistir las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne; y nosotros nos mostramos con las obras propensos á ceder y prontos á sucumbir. La fé sublima al entendimiento humano por encima de los conocimientos naturales, elevándolo á oír la voz del Señor; y nosotros, con las obras, no nos mostramos mucho más ilustrados que los infieles y los herejes. Ahora bien; si no hubiese fé alguna, ó si la fé nos lo enseñase todo al revés de lo que nos enseña; ¿podría vivirse de diferente manera de la en que vivimos? La fé nos quiere humildes, y nosotros somos soberbios; la fé nos quiere mansos, y nosotros somos iracundos; la fé nos quiere resignados, y nosotros somos impacientes; la fé nos quiere virtuosos, y nosotros preferimos el vicio á la virtud. ¿Cuáles son, pues, en nosotros las obras que corresponden á la fé?

La fé solo sirve para hacernos más culpables, ya que cuanto uno

(1) S. AMBROS. lib. 2. de Virgin., c. 2.

es más ilustrado, más reo se hace si no vive segun la luz que le alumbraba, y segun las obligaciones que tiene. Por consiguiente, si fué para nosotros una dicha felicísima el haber nacido en la verdadera fé, esta suerte felicísima se convertiría en nuestro daño, si nacidos en la fé verdadera, encontrásemos la perdicion por falta de obras. Y sin duda que hubiera sido ménos mal haber nacido pagano, que no en el seno de la Iglesia, y obrar en oposicion á las máximas cristianas; ya porque quien no cumple con los deberes que propone la fé, es apóstata y peor que un infiel, ya también porque los cristianos serán en el Infierno incomparablemente más castigados que los gentiles, por haber abusado de la fé.

No nos forjemos, pues, ilusiones, amados hermanos. La fé y las obras son dos cosas que se dan la mano. Es preciso creer de veras para obrar bien; y se necesita obrar bien para creer de veras. La fé es siempre el principio y la raíz de las buenas obras; pero las obras buenas son aquellas que dan realce y vigor á la fé. Por lo tanto, procuremos conservar la fé para obrar bien; sea nuestra fé viva, puesto que el justo vive de esta virtud; y procuremos obrar bien para crecer en la fé, por lo mismo que ésta se aumenta, se perfecciona y se vigoriza mediante las buenas obras. A fin de conseguir ambas cosas, roguemos á nuestra piadosísima madre María. Ahora, más que nunca, debemos suplicarla con todo ardor que afirme la fé en nuestra mente y en nuestro corazón, á causa del inminente peligro que corremos en medio de la corrupcion de nuestros tiempos. Agrupémonos á su alrededor, invoquemos su nombre, pidamos que nos ampare, y estemos seguros de alcanzar las divinas misericordias.